

EL CONCEPTO DE "HISTORIA DE LAS IDEAS" EN CORIOLANO ALBERINI

ARTURO A. ROIC

Mucho se usa entre nosotros, actualmente, la expresión "historia de las ideas" y se pretende, además, significar con la misma un cierto campo de estudio que se ubica por lo general dentro de la historiografía filosófica. Ahora bien, aquel tipo de investigación no es sin embargo reciente y puede afirmarse que tiene antecedentes que sobrepasan ya el medio siglo. Para ubicarnos frente a tal tipo de trabajos recordemos el que publicara Alejandro Korn en 1912 en la *Revista de la Universidad de Buenos Aires* con el título de "Influencias filosóficas de la evolución nacional"; el de José Ingenieros, aparecido en la misma *Revista* dos años más tarde, es decir en 1914, titulado "Las direcciones filosóficas en la cultura argentina", artículos estos que luego alcanzaron un mayor desarrollo en ambos y que dieron lugar a los libros que todos conocemos, primero, el de Ingenieros en 1918, y, mucho más tarde, el de Korn, en 1936. En 1930 Coriolano Alberini se sumó a este tipo de investigación con su libro *La filosofía alemana en la Argentina* y luego en 1934, con su valiosa monografía "La metafísica de Alberdi".

En nuestros días este tipo de estudios realizado antes de modo aislado y dificultosamente, ha alcanzado una cierta normalidad y se ha generalizado. Tanto el volumen de la tarea llevada a cabo por aquellos iniciadores como el de lo que actualmente se realiza, exige pues de modo perentorio no sólo una definición de la misma, sino también una determinación de sus procedimientos metódicos. Nada mejor para ello que preguntar a los fundadores de este tipo de investigación cómo entendieron su tarea.

En 1943, en una recordada conferencia dictada por Alberini en Mendoza, nos dijo que se proponía hablar sobre una materia que no existía en ningún plan de estudios en nuestras universidades, a saber, la "his-

toria del pensamiento" o la "historia de las ideas" en Argentina. La novedad del intento era tal que el mismo Alberini se sintió obligado a declarar que esta "historia de las ideas" era también "historia argentina" y tan importante como otros aspectos de la misma. Frente a una historia tradicionalmente entendida como una a veces ingenua recolección de hechos, afirmaba, tal vez para escándalo de algunos, que la "historia es también historia del pensamiento".

Alberini era consciente de la dificultad de la tarea. En efecto, este "pensamiento" reúne caracteres que imprimen ciertas modalidades a su estudio. No se puede proceder en la historia de las ideas argentinas, cosa que sucede, además, con todos los países latinoamericanos en virtud de la uniformidad de los procesos ideológicos que los caracteriza, "como si se tratara de ideas europeas". "No corresponde imaginarse —nos dice— que la historia del pensamiento filosófico en nuestro país se pueda hacer con criterio europeo". Se trata en nuestro caso de un "pensamiento" difluente en donde casi nunca es visible el límite y sentido de las "influencias"; en donde se ha negado siempre la existencia de un pensamiento original y no se ha encontrado además el modo de determinar en qué grado y sentido, lo exógeno, las meras influencias entendidas como materiales ideológicos externos, han llegado a ser una fuerza endógena, es decir, han sido asimiladas, haciendo de ellas "pensar" propio. De ahí que resulte, como nos lo dice Alberini al hablar de los fundadores de nuestra nacionalidad, "en extremo arduo dibujar con exactitud" su "pensamiento" y que en Argentina el historiador de las ideas llegue a encontrarse desorientado.

A pesar de ello, este "pensamiento" contiene un "mínimum de filosofía fundamental" que ha sido expresado en algún sentido y que de hecho ha contribuido a la formación de lo que podría llamarse un "espíritu argentino", a tal extremo que la filosofía habrá de tener en cuenta la investigación que realiza la "historia de las ideas".

De lo que venimos comentando se desprende ya que la "historia de las ideas" o del "pensamiento" tiene como objeto un cierto tipo de ideas filosóficas. No se trata, por un lado, ni de una "historia de las ideas científicas", "económicas" o "políticas", si bien éstas quedan implicadas en aquel campo en alguna medida, en cuanto que la filosofía —de cualquier modo que se nos presente— es siempre la "esencia de la cultura"; como no se trata, tampoco, de una "historia de la filosofía" propiamente dicha, por cuanto ésta apunta a un tipo de pensamiento que trasciende la naturaleza del que viene a ser objeto de la "historia de las ideas".

Tratemos, pues, de mostrar cuál es la naturaleza de éste. Alberini

nos dice a cada paso, cuando nos habla de nuestros "próceres intelectuales", que en ellos las "ideas" eran "más vividas que pensadas"; que en sus "libros de acción" había más bien "creencias" o "ideologías", que "ideas filosóficas".

La aparente imprecisión con que son usados estos términos se aclara sin embargo cuando descubrimos que para Alberini existen niveles de la idea, que van desde lo orgánico e inconsciente, por grados, hasta lo autoconsciente. Hay una "metafísica inconsciente", trasfondo oscuro desde el cual surge en virtud de un proceso evolutivo interno, la filosofía. Es necesario mostrar cómo esta ley histórica del pensamiento, en cuanto universal, se ha dado también entre nosotros.

Antes de hablar, sin embargo, de ese nivel de lo inconsciente digamos dos palabras sobre la naturaleza de la "idea" en general. Ella es en primer lugar, un factor causal histórico. La idea es por sí misma una fuerza. Esto no implica en Alberini un desconocimiento de los demás factores causales que mueven a la historia y sí sólo una fuerte convicción de que la idea, ella en sí misma, es factor causal, en cuanto que posee una cierta sustancialidad, una cierta independencia que le confiere vida propia. Si el epifenómeno es un fenómeno accesorio cuya presencia o ausencia no afecta para nada al fenómeno original del cual procede, la idea no puede ser jamás epifenoménica. Nunca son inútiles las ideas, aun las más mediocres. Hay siempre en ellas una eficiencia, que puede ser por cierto mayor o menor e inclusive enervante o relevante. Por esto mismo nos dirá que las ideas no pierden nunca por completo el "valor de verdades en sí", es decir —agrega— "su carácter instrumental", o en otras palabras, su poder de regir la acción. Por otro lado, si bien la idea puede ser en alguna medida una "máscara" que oculta a otros factores causales, no lo es nunca totalmente. Por último, digamos que aun cuando alguna "atmósfera" o clima espiritual puede ser considerado en un cierto sentido como epifenoménico, las ideologías correspondientes, no lo son, en cuanto que siempre éstas últimas poseen un modo de eficiencia. De acuerdo con esto "no se puede establecer una relación de causa a efecto" entre fenómenos económicos y políticos, e ideas en la medida en que al declararlas sin más como "efectos" se les estaría restando eficiencia. Alberini llega a suponer, en función de esta disociación causal, un cierto paralelismo entre "atmósfera resultante" e ideología, a la cual siempre confiere poder "dirigente".

Desde el punto de vista del "criterio de la verdad" de la idea, dejando de lado su naturaleza en cuanto fuerza, Alberini distingue con insistencia entre un nivel psicológico o psicogénico de la idea, en el que

su verdad depende de la conservación vital del individuo; y un nivel "lógico", en donde la "persona", no ya el individuo biológico, trasciende aquel criterio, ubicándose en el "reinado de la objetividad".

Pero dejemos de lado este reino que constituye propiamente el objeto de la filosofía en cuanto tal y preguntemos por la génesis de aquellas "creencias" o "ideologías" que constituyen a nuestro juicio el objeto propio de la "historia de las ideas" en Alberini.

El punto de partida está dado en su intento de superar el conflicto entre "psicologismo" y "logicismo". El primero ha sido sostenido de modo exclusivo por los negadores del "pensamiento autónomo"; el segundo, de modo inverso, deja sin explicación las raíces evolutivas y biológicas del pensamiento. La tesis consiste en afirmar que el conocimiento en su origen es un valor; es decir, que no es puro y que en su nivel más alto, cuando alcanza la "racionalidad" y la "objetividad", aparece un conocimiento puro, es decir, exento de elementos axiológicos. En sus orígenes la psiquis se presenta como una "espesa masa axiológica", inconsciente o parcialmente consciente; en un máximo desarrollo se produce sin embargo, "posiblemente —nos dice— la aparición de un pensamiento autónomo, es decir, no supeditado a los imperativos de la vida axiológica inferior".

El punto de partida se ubica pues en el terreno de la psicología biológica. Allí nos encontramos con el valor como un hecho indiscutible propio de la vida psíquica y cuyo análisis se confunde con el de ésta. La psiquis, cualquiera sea su grado de desarrollo en la escala de la evolución biológica, vegetal o animal, por el hecho de serlo, es algo que evalúa. Tal evaluación depende en el organismo de un fin: la conservación de la individualidad y ésta, a su vez, implica siempre adaptación, es decir, télesis. "Si el organismo, por el hecho de serlo, implica individualidad, memoria y télesis, es natural que la definición de la vida no pueda ser sino psicológica". "Dada pues, la esencial finalidad de los fenómenos biológicos —nos dice más adelante— ¿Cuál sería a nuestra manera de ver la definición más plausible de la vida? Si la vida es psiquis, no cabe duda: el rasgo cardinal de la vida reside en la evaluación, como se podría decir con términos tomistas, en la *vis estimativa*. Doquiera exista algo que evalúa, diremos hallarnos ante lo vital. *Vivis es, pues, evaluar*".

Ahora bien, la evolución de los seres vivos no se puede explicar, de acuerdo con lo anterior, como un simple proceso mecánico y externo. Está en la índole misma de la vida que ella evolucione. Por otro lado, a medida que ascendemos en la serie de los animales, ese factor

interno es cada vez más visible. El estímulo es la forma como se presenta la realidad del organismo, pero es la realidad definida por la contextura propia de éste. La evaluación que lleva a cabo resulta de este modo endógena, en cuanto que es hecha desde y por esa estructura. Todos los procesos, que en los organismos inferiores se presentan en algún sentido y modo como exógenos, en los más desarrollados son evidentemente endógenos. Las conquistas de la filogenia, es decir, los éxitos logrados por la evolución, son interiorizados por la ontogenia. Una investigación importante que viene a confirmar este proceso, es la que muestra la llamada "sensibilidad trófica" o del hambre, en donde la actividad específica del sujeto, somete la sensibilidad externa a aquélla y organiza la relación con el medio sobre la base de un finalismo que surge de la propia estructura animal. En los primeros grados de lo orgánico la relación cognoscitiva, aun cuando sea mera irritabilidad protoplasmática, implica ya un a-priori. El hambre, entre otras manifestaciones, es una de las formas más patentes del impulso vital y por tanto la prueba del carácter endógeno de la evaluación. Desde este a-priori primario y oscuro se funda ya la organización de la imagen y más tarde del concepto. El juicio, en sus orígenes psicológicos, es pues tan sólo una "afirmación vital" que responde a las estructuras impuestas por el a-priori ya citado, es decir, es primero, un "juicio de valor", una estimación. Nace junto con la conciencia del placer y del dolor, la "conciencia hedónica", la que en un comienzo es más bien pasiva, epifenoménica, en la medida en que se reduce al conocimiento de los hábitos de adaptación adquiridos desde aquel a-priori vital. Más tarde, se trocará en "conciencia eficiente" surgiendo de este modo la personalidad. Hay pues un proceso en función del cual se acentúa cada vez más la virtud endógena del ser vivo, como hay también un avanzar desde lo inconsciente y motriz, hacia lo consciente. De este doble proceso surge la racionalidad, producto evolutivo de la vida que es, como ya lo dijimos en un comienzo, sólo definible como psiquis. Destaquemos, pues, que hay en esta evolución, un origen oscuro del juicio, en la medida en que se afirma la existencia de una actitud judicativa no-consciente. En las profundidades oscuras de la conciencia existe una actividad relacionante, de tal modo que la conciencia resulta ser juicio sobre juicios, siendo estos últimos, tendencias, valores motrices, previos a la conciencia. Cuando surge la conciencia en la evolución animal se encuentra con un complejo de actividades teléticas que en rigor ya son juicios vividos. El "objeto" en sus comienzos posee, pues, una estructura axiológica impuesta a-priori por la del organismo. Ahora bien, ¿es posible que exista un producto intelectual

carente de toda actividad axiológica o que contenga por lo menos algún residuo que sea irreductible a valor? Esta pregunta nos pone frente al delicado problema del paso de lo subjetivo a lo objetivo, de lo "psicobiológico", a lo "lógico". Alberini sostendrá la posibilidad de tal salto. La *vis estimativa* que en los grados primeros de la evolución está regida o constituida por la vida axiológica inferior, en el hombre, en cuanto persona, acaba por ser "penetrada, organizada y fundamentada" por el logos. "Se diría que el pensamiento, creado por la fuerza axiogénica de la vida, reacciona contra el impulso progenitor, pero continuando su esfuerzo creativo en sentido ascendente. Así el logos, esencia de la personalidad humana, se trueca en valor supremo, en el valor de los valores, pues nadie sino él es capaz de reconocerlos y crearlos". Llegamos de este modo a una fuerza superior, capaz de volverse sobre sí misma y sobre sus propios orígenes, autoconciencia creadora que ilumina en su última etapa a todo lo biológico, trascendiéndolo.

Sobre esta base resultan claramente inteligibles las expresiones que aparecen a cada paso en los escritos de Alberini sobre "historia de las ideas". En efecto, nos habla de una "axiología inconsciente", una "axiología colectiva", de una "germinación axiológica", de un "temperamento" de los pueblos sobre el cual aparece luego una "inteligencia" de los mismos. A esto se agrega la afirmación de regímenes valorativos propios, característicos de las naciones, como también la de la conformación de dichos regímenes en grandes estructuras o formaciones axiológicas surgidas de modo espontáneo, natural. La axiología de Alberini entronca de este modo con la doctrina de las *Weltanschauungen*, a las que define precisamente como "concepciones" o "intuiciones" valorativas del mundo y de la vida, de profundo sentido telético y vital. Del mismo modo que el ser vivo organiza sus estímulos sobre la base de un "a-priori", hecho que supone una conducta teleológica y una visión oscura de los fines, las naciones poseen un instinto de su "destino" sobre el cual organizan su vida propia. Este es el nivel de la "axiología colectiva" de tipo inconsciente, que se manifiesta axiológica e intelectualmente como "creencias". La idea, en este nivel posee, pues, un valor pragmático, no especulativo. La aparición de los "próceres intelectuales" significa en esta doctrina de la nacionalidad de claro sentido biológico, la aparición de aquel nivel en el que los juicios inconscientes se truecan en relaciones judicativas conscientes. El "grande hombre" realiza la transfiguración consciente de las valoraciones colectivas potenciales. Lo axiológico, manifestación pura de lo endógeno, expresión de lo que sale de la realidad íntima del ser nacional, es recibido por aquellos hombres en los que surge la nece-

sidad de clarificar, en el plano de la conciencia, lo propiamente nacional. Más tarde aún, cuando aparezca el filósofo se producirá el salto desde lo "axiológico consciente", puesto de manifiesto por los llamados "próceres intelectuales", hacia el conocimiento puro, es decir, el logos, a partir del cual se intentará organizar y fundamentar la realidad humana, sobre la base de una jerarquía que va desde lo superior hacia lo inferior, desde el espíritu hacia lo biológico. Surgen de este modo tres planos, a través de los cuales discurre endógenamente la evolución: el de lo "axiológico inconsciente", el de lo "axiológico consciente" y el de la "razón", "logos" o "espíritu". Y si bien los grados superiores necesitan de los inferiores para manifestarse, la relación que hay entre ellos no es tal como para que se los declare epifenoménicos. La evolución es ascendente, es decir, que los grados superiores adquieren cada vez más dignidad ontológica, más sustancialidad y en tal sentido son siempre eficientes. Por eso mismo Alberini nos habla de una "reacción" de los niveles superiores sobre los inferiores desde los cuales surgen y la virtud de "reaccionar" es precisamente aquella de la cual carecen los epifenómenos.

Es pues bien claro cuál es el nivel en el que se dan las "creencias", sean inconscientes o conscientes. Ellas constituyen el objeto propio de la "historia de las ideas". No se vaya a creer sin embargo que esta "historia de las ideas" puede actuar con ignorancia de la filosofía como forma superior del saber, en cuanto que no sería posible la tal "historia de las ideas" si nos saliéramos un momento de la visión global y dinámica de la vida del espíritu, que comienza oscuramente como realidad biológica y concluye como suprema realidad "lógica". Se funda además la "historia de las ideas" en una psicología biológica, de tipo genético, como también en una historia, entendida en este caso como "historia de la conducta". El historiador de las ideas tiene pues por delante de sí un apasionante y vital tema de estudio: la investigación de las valoraciones colectivas, inconscientes o conscientes, sobre la base de la observación de las costumbres y mirando hacia aquella ciencia o saber fundante que, trascendiendo lo histórico, sin salirse de él, da en última instancia sentido a lo humano.

Desde otro punto de vista podríamos decir, volviendo a la terminología propia de la doctrina de la evolución aristotélica cuya resonancia es visible en más de un aspecto en Alberini, que la "historia del pensamiento" tiene como objeto propio los grados potenciales de la idea. La psicogenia precisamente se funda sobre el concepto del paso de una filosofía como "dynamis", ínsita en toda conciencia, en cuanto que el pre-

guntar metafísico, aún oscuro, es universal al hombre, hacia una filosofía como "enérgica". Por otro lado, lo que caracteriza al saber filosófico potencial, a esas "metafísicas inconscientes" de las que nos habla Alberini, es el de presentarse como formas a-críticas, concepto que nos aclara aún más el objeto propio de la "historia de las ideas". La filosofía propiamente dicha es por el contrario un saber de tipo crítico porque la actitud que adoptamos en ella respecto de las ideas ajenas, es conscientemente investigadora y luego porque su exigencia de búsqueda lleva hasta la averiguación de los propios supuestos desde los cuales preguntamos o investigamos. Aquella evolución de que hablábamos culmina pues con el supremo acto que se expresa para el hombre en la ya antigua y siempre nueva fórmula "conócete a ti mismo".

En resumen, la "historia de las ideas" es en Alberini, más que una "sociología del saber", una psicología biológica fundada en una filosofía del valor y acompañada de una investigación de tipo histórico-cultural.

Decíamos en un comienzo que una de las dificultades mayores dentro de la "historia de las ideas argentinas" radicaba en que no se había encontrado el modo de determinar en qué grado y sentido lo exógeno, las meras influencias entendidas como materiales ideológicos externos, han llegado a ser una fuerza endógena, es decir, han sido asimiladas, haciendo de ellas un cierto pensar propio. Pues bien, con su doctrina de los niveles o grados de la vida axiológica colectiva, como así también con su teoría respecto del papel de los "grandes hombres" o "próceres intelectuales" y posteriormente, con el lugar que se asigna en última instancia de este proceso al filósofo, Alberini dio las bases para su propia respuesta. Las influencias ideológicas en la evolución nacional son seleccionadas, según piensa, sobre la base de una evaluación, del mismo modo que es seleccionado el estímulo en los grados inferiores de la vitalidad. Esa selección se realiza por dos vías: una, la espontánea, común a todos los integrantes de la comunidad nacional; la otra, consciente, elaborada por los "próceres intelectuales". A medida que las influencias van de este modo siendo interiorizadas sobre la base de un a-priori vital que da los lineamientos generales de la intuición básica del mundo y de la vida, se va avanzando desde lo exógeno hacia lo endógeno. Estamos pues frente a una especie de doctrina biológica de la idea, objeto precisamente de la "historia de las ideas". Sin embargo, no siempre la conciencia axiológica evalúa o selecciona influencias que favorezcan una franca evolución ascendente. A esto se ha de agregar factores colaterales que conformando un clima ineficiente inciden también de modo negativo. Tal fue, por ejemplo, la situación de "la conciencia espiritual ar-

entina", exacerbada según Alberini, tanto por la eficacia negativa de la "ideología" positivista, como por el auge paralelo de un enorme y rápido progreso material. A pesar de esto cabe suponer que hubo asimismo en función de la tarea de los "ideólogos profesionales", una asimilación endógena de estas influencias, máxime cuando ellos han ostentado siempre dentro de su positivismo "un marcado espíritu liberal".

Llegados a este punto debemos tratar de distinguir el sentido que en los escritos de Alberini tienen los conceptos de "creencia" e "ideología". Según que la "idea vivida" la miremos desde el punto de vista de lo axiológico, ella se nos presenta como "creencia"; si la miramos, por el contrario, desde el punto de vista de su contenido intelectual, se nos muestra como "ideología". Es decir, que tanto la "creencia" como la "ideología" son juicios de valor y no son propiamente objeto de la filosofía. La "ideología" muestra lo exportable de las "creencias" y por eso las "influencias", en particular las ejercidas por los países a los que denomina "mentores ideológicos", son sin más "ideologías" no propias, sino ajenas y que en cuanto tal plantean el problema de su asimilación o rechazo. En función de ello, Alberini nos habla de "factores ideológicos importados" o, en el caso de "ideologías" no asimiladas, de "producción ideológica colonial". El peligro de este tipo de producción ideológica ha sido entre nosotros permanente, en cuanto que todas nuestras "ideologías" han tenido comienzo en Europa. Una prueba de ello la tenemos en el anacronismo con que han ido apareciendo entre nosotros la ilustración, el romanticismo y el positivismo. La cuestión radica, pues, en que lo exógeno pase a ser endógeno y en que el anacronismo, integrado nuestro país en el orbe de la cultura de modo eficiente, pase a ser sincronismo. Alberini trata de mostrar justamente que tal evolución se ha dado entre nosotros y que existe por tanto un saber filosófico propio, aunque en un comienzo al servicio de la acción, como también el despertar visible de un saber filosófico propiamente dicho.

Ahora bien, las "creencias" —dijimos antes—, forman parte de estructuras más amplias a las que Alberini ha denominado "intuiciones valorativas del mundo y de la vida". En última instancia, la historia de las ideas tiene que habérselas con estructuras, concepto éste sin duda fecundo y que aparece claramente desarrollado en Alberini. Por otra parte, esas estructuras son evolutivas y el motor que impulsa su desarrollo histórico no es extraño a las mismas. Tanto en la evolución biológica, como en la del pensamiento que la corona, se trata de realidades orgánicas con un principio de autonomía que invalida toda explicación mecánica. La vida, o la psiquis, que vienen a ser una misma cosa, posee

una fuerza propia y la personalidad, máxima expresión de la evolución desde la cual ésta alcanza su sentido, es como quería Leibniz, precisamente, una *virtus*, una *potencia*, una *fuerza*.

De este modo, la historia de las "ideologías", deja de ser una "historia arqueológica", es decir, una historia de curiosidades externas las unas respecto de las otras. No se trata de un "museo de *Weltanschauungen*" sino de una realidad viviente en la cual todos sus momentos se interpenetran y se explican mutuamente. La historia es un presente y el filósofo, lo mismo que el historiador de las ideas, ha de saber identificarse intuitivamente con ella.

En función de esto, Alberini nos explica la realidad estructural de las creencias y de las influencias, tratando de determinar una creencia clave, como así también una influencia preponderante. Ellas son las que dan sentido a las demás, permitiendo superar el confuso entrevero de ideas que ofrece cada momento de la evolución del pensamiento nacional. El progreso es justamente la creencia que permite organizar internamente nuestro pensamiento. De este modo no sólo el progreso es un hecho axiológico consustancial de la naturaleza humana, sino que se constituye en algunos casos en la "esencia ideológica" de una generación, en su "creencia"; y en la medida en que tal "creencia" va adquiriendo matices diferenciales, el progreso se nos presenta como es filosofema básico que organiza a las ideas dentro de cada período de influencias. De este modo es posible hablar de versiones iluminista, romántica y positivista del mismo. En el orden de las influencias sucede otro tanto. La tesis de Alberini, en lo que se refiere al romanticismo en particular, es la del "herderismo difuso" que vertebra el mundo intelectual de toda una época.

Si atendemos al estudio de nuestros "próceres intelectuales", encontramos que también en él Alberini ha aplicado el mismo criterio estructuralista. El caso más significativo es sin duda el de Juan Bautista Alberdi. Toda su obra, expresada íntegramente en lo que el mismo Alberdi llamó "libros de acción", recibe sentido de uno de ellos, precisamente aquel en el que ha realizado con extrema claridad la evaluación de las influencias europeas del momento y que le sirve luego como criterio para su aplicación histórica concreta.

Por último, digamos que esas "intuiciones valorativas del mundo y de la vida" no sólo se expresan en aquellos "libros de acción", como el *Fragmento Preliminar*, sino también en la obra de poetas, novelistas e historiadores. La cultura nacional, en cuanto a expresión literaria múltiple, posee una unidad interna que deriva de lo axiológico colectivo. El

contexto dentro del cual se han de leer los textos con ojo filosófico, abarca una literatura que desborda los estrechos conceptos académicos. El reconocimiento de un objeto propio de la "historia de las ideas", unido a este concepto metodológico fundamental según el cual las producciones del espíritu se dan siempre como estructuras, permite concretar pues aquella exigencia sinóptica que ha caracterizado siempre al saber filosófico.

Alberini, pues, no sólo ha dejado justificada a nuestro juicio la posibilidad de una "historia de las ideas", sino que además nos ha dado una respuesta, reelaboración profundamente sentida del pensamiento de Juan Bautista Alberdi, de la posibilidad de una filosofía americana. Por otro lado, la filosofía ha perdido en él aquella majestad un tanto desvitalizada que hacía de ella un saber de escuelas dedicado exclusivamente a la exégesis de los libros consagrados, mostrándonos ese subsuelo ignorado y escondido, fuente consciente de las enormes dificultades de todo historicismo, pero también de la ineludible necesidad que tenemos de movernos en su ámbito. Por eso mismo podríamos decir que Alberini supo colocarse en nuestro pensamiento desde adentro y reinterpretar a su modo la gran lección del romanticismo sobre el cual deberemos sin duda volver a pensar.